



Not. Arnulfo Villaseñor Saavedra

¡¿Qué pasa, Señor Licenciado?!

Not. Rafael Vargas Aceves

Con la voz fuerte y vigorosa de quien goza vivir cada jornada, así llegaba don Arnulfo por las mañanas a la notaría. Se asomaba a mi privado y pese a que la puerta estuviera siempre abierta, preguntaba si podía pasar.

Una vez adentro, se sentaba; detalle personalísimo suyo, solía traer desabrochado el botón que cierra el cuello de la camisa y la corbata con el nudo hecho, pero situado unos cuatro centímetros abajo del botón. Ya sentado, repetía la frase: ¡¿Qué pasa, señor Licenciado?!

Me acuerdo de un caso que, entrados en materia, refleja sus valores personales y la filosofía que rigió su vida.

Por aquellos días, don Arnulfo acababa de recibir la designación de Director de Pensiones del Estado. Quiso mucho a esa institución, le dedicó tiempo y conocimientos para consolidarla, nutrirla, hacerla crecer y volverla financieramente sólida. Pues bien, uno de los pendientes que encontró al recibir la oficina, era el de la compra que iba a hacer Pensiones de una casa vieja con huerta al fondo; estaba situada por el rumbo de Analco. Los dueños vivían fuera de Guadalajara, habían encargado la operación a una promotora inmobiliaria que concertaría los arreglos con el cliente y

liquidaría los gastos inherentes a la venta; querían vender la propiedad y recibir “limpio” su dinero.

Don Arnulfo me pidió intervenir de la siguiente manera: que por mi conducto se mandaran hacer dos avalúos de la finca y se calculara el Impuesto Sobre la Renta que los vendedores habrían de pagar. Luego, con los documentos correspondientes de estas acciones, él determinaría si la institución compraría o no el inmueble. Cumplí con mi parte haciendo entrega de los avalúos y la liquidación fiscal, al cabo de lo cual me dijo, palabras más, palabras menos, lo siguiente: “cuide a esos vendedores, porque la [compañía] vendedora se los va a... perjudicar”.

Hombre acucioso y minucioso, siempre verificaba datos y escuchaba opiniones; así, una tarde llegó a mi oficina y me sintetizó el estado de cosas: “la administración anterior estaba dispuesta a pagar caro por el inmueble, más de un 30% arriba de los avalúos que usted me presentó y de otro que yo mismo mandé hacer. Ayer platiqué con los vendedores y sólo van a recibir algo así como el 50% del precio, ya que según cuentas que les presentaron, sólo esa cantidad les va a quedar. El otro 50%, les señalaron que eran impuestos, comi-



Notario Arnulfo Villaseñor Saavedra

19-06-1928

19-04-2005

siones y algún otro cargo inventado”.

Seguimos hablando del asunto; me dijo: “quiero que me ayude. Mañana les dice que Pensiones no compra y la razón es muy simple: nomás les entrega una copia de los tres avalúos y el asunto se acabó.

“Retenga algunos documentos para que el vendedor regrese a usted. Cuando vuelva, le ofrece la misma operación al valor del avalúo y le tocará bailar con la más fea: retiene el Impuesto Sobre la Renta el vendedor y le paga el 5% a la comisionista”.

Me quedó un grato recuerdo de esa manera de conducir las cosas por lo que me dijo: “yo tengo que cuidar el dinero de Pensiones, y no puedo aceptar que se cometa una injusticia por la ignorancia de estos vendedores”.

Los valores de don Arnulfo, que son al fin y al cabo la esencia de los de nosotros, lo llevaron a entregar lo que en justicia correspondía a cada uno. Encaminando por nueva ruta el asunto que rememoro, con la astucia e inteligencia que le caracterizaban acomodó las fichas y puso a todos en sus lugares: Pensiones pagó lo justo, los vendedores recibieron bastante más de lo que esperaban; se les retuvo el impuesto correspondiente y se le pagó al comisionista por su trabajo.

Don Arnulfo no claudicó ante la tentación del oropel y la arrogancia de los políticos, siempre fue sencillo sin importarle el puesto que tenía. Tampoco se prestó al manoseo de los recursos públicos a pesar de las mil y una oportunidades que tuvo de manejar dinero del erario, a diferencia de muchos otros que habiendo estado en su lugar se llenaron los bolsillos. Sus convicciones fueron inquebrantables; tenía una línea personal de acción: la honradez.

En cuanto a lo notarial, llegó a ese campo después de su larga carrera política, decidido a abrirse un lugar en nuestro medio, imponiéndose horas de estudio y de actualización; sin embargo de todo lo anterior, para mí lo más admirable y ejemplar era ver a un hombre de más de 70 años dando sus avisos, gestionando sus escrituras en un medio donde la humildad y la sencillez que el portaba y comportaba no es característica de algunos notarios.

La muerte de un amigo deja siempre una conversación a medias. Únicamente puedo decir, en medio de la tristeza, que extraño la voz sonora diciéndome: “¡Qué pasa, señor Licenciado!”

